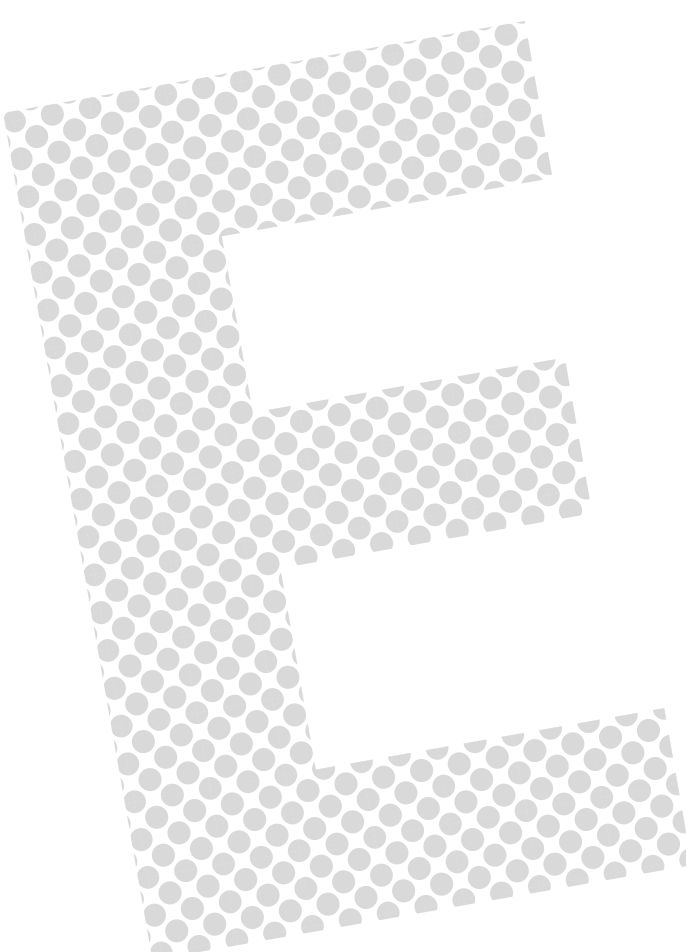


El trabajo: un concepto discutible

José Luis Martín Romero
Sociólogo. CEDEM.



Al compartir nociones esenciales de las temáticas relativas al trabajo, este texto pretende ayudar a ilustrar y comprender los fundamentos de la toma de decisiones en la ejecución de las políticas públicas en la esfera laboral. Cada uno de los aspectos tratados viene acompañado de intensos debates, a menudo con puntos de vista contrapuestos y no por ello más débiles en su fundamentación. Desde el enfoque teórico-práctico, algunos temas no se encuentran resueltos ni desligados de determinados posicionamientos ideológicos o proyectos políticos concretos. Los criterios y puntos de vista abordados parten de una perspectiva cubana anclada en el presente, pero que mira al futuro.

El concepto de trabajo

Si se nos preguntara qué es el trabajo, aparentemente tendríamos respuestas muy claras y sencillas, que se corresponden con la percepción del más común, cotidiano y natural de los quehaceres de nuestra vida: lo que hacemos para ganar nuestro sustento; el desempeño de una profesión u oficio; o la realización de un conjunto de tareas prácticas (da igual si manuales o intelectuales) en un lugar concreto; por ejemplo, en una empresa u otra entidad, en uno de sus talleres, oficinas, líneas de producción, etcétera.

Pero con estas descripciones no sabríamos aún qué es, en esencia, ese fenómeno —proceso—, a la vez

* Versión del texto publicado por la Fundación Friedrich Ebert, en mayo de 2022. Disponible en <<https://goo.su/0nuljd>>.

simple y complejo que llamamos trabajo. ¿Por qué hay que trabajar?, ¿quiénes pueden o deben hacerlo?, ¿desde y hasta cuándo?, ¿en qué condiciones?, ¿en vínculo con qué o quiénes?, ¿dónde?, ¿con qué consecuencias? ¿Es lo mismo «trabajo» que «empleo»? ¿en qué se parece a lo que en nuestros países latinoamericanos llamamos popularmente *pincha*, *curro*, *chamba*, *laburo*, y una lista interminable de sinónimos? Pero, sobre todo, ¿cuál es su significado en la sociedad, en la historia?

El concepto de trabajo que proponemos refiere el conjunto de actividades y relaciones sociales que hace posible el proceso osmótico que vincula al ser humano con el medio natural, social, y, sobre todo, cultural que lo rodea, de modo que le permita producirse y reproducirse, así como establecer una relación activa y transformadora con la naturaleza, la sociedad y su propia condición humana. A esta noción volveremos más de una vez, porque si algo ha cambiado con el tiempo, y es realmente polémico, es el significado de trabajo, toda vez que, en cada época y circunstancia, es entendido de la manera que mejor refleja el conjunto de actividades y relaciones que se movilizan en torno a la reproducción de la vida y sus consecuencias para los diferentes grupos sociales y el tipo de sociedad que se pretende sostener o promover.

Esta concepción se entiende mejor si comprendemos que la condición humana parte de una configuración de naturaleza biosociosocial, que alcanza su singularidad cuando construye y asimila la cultura y la concreta en términos civilizatorios. Solo hay que añadir que desde estos orígenes está el trabajo, el cual, de una u otra forma, mantiene una relación más o menos cercana con el devenir de la sociedad, aunque pueda ser más evidente en diferentes momentos o circunstancias históricas.

Al definirlo así, nos colocamos ante una serie de disyuntivas:

- Le reconocemos una *militancia* cultural como rasgo constitutivo inmanente.
- Lo concebimos en su naturaleza dual: como actividad y reservorio muy particular de relaciones sociales que actúan en sistema (Lahire *et al.*, 2005).
- Le damos un contenido amplio (véase Noguera, 1998), ya que advertimos funciones productivas de bienes, valores o servicios, propias de la autorrealización, y formativas, con lo cual recuperamos posicionamientos históricos de los estudios de trabajo en Cuba, desde una tradición marxista.
- Consideramos que su función social no es, esencialmente, producir bienes, valores y servicios; esa es la natural; y aunque ambas funciones no pueden separarse del ser social, pues actúan de manera conjunta, la primera coloca a cada quien en el lugar que le otorga la sociedad, teniendo en cuenta

los mecanismos prevalecientes, en un momento histórico concreto.

- Reconocemos sus potencialidades transformadoras con una perspectiva histórica —y a partir de una capacidad para producir civilidad y ciudadanía—, que marcha paralela a sus funciones productivas, formativas y socializadoras.

Hablamos de un trabajo que reconoce y recupera su pasado —allí donde sea necesario—, pero proyectado hacia el futuro, sin tomar ningún modelo fijo como paradigma, privilegiando un diseño solidario, no explotador, y proclive a hacer valer «la utilidad de la virtud», como dijera José Martí.

Su evolución histórica

El trabajo podrá llegar hasta este concepto solo si continúa su evolución por un camino comprometido con los intereses de las mayorías; sobre todo de los trabajadores del mundo, y de Cuba en particular. Para entender su desarrollo a través de la historia, nos valemos de la ayuda de libros indispensables.¹ A continuación mostramos distintos momentos históricos que constituyen hitos importantes de su evolución y, a su vez, la de la historia humana:

Momento 1: «El Neandertal desaparece y el Homo Sapiens cobra auge en todas direcciones: eficientes civilizaciones de la hoja de sílex, nueva revolución económica, mejora y auge de los grandes cazadores de renos [y] bisontes, floración artística y religiosa y también demográfica» (Parias, 1965: 27); todo ello fruto de la capacidad, ya por entonces adquirida, de construir herramientas, tener tiempo para pensar —como parte del proceso de espera en la caza y la pesca—, imaginar y crear —como en el trabajo— un mundo subjetivo y un imaginario.

Momento 2: La capacidad, necesidad y posibilidad de pensar el proceso de trabajo permite su organización y lo que se conoce como su división social; primero, de carácter sexual, entre hombres y mujeres; después, entre cazadores y recolectores, y entre sedentarios y nómadas, de acuerdo con el proceso de trabajo predominante. Al emerger los comerciantes, se precisan las divisiones dentro de cada grupo. Entonces surgen los especialismos: los magos y curanderos, artesanos, armeros, alfareros y, de entre ellos, los directivos, que alcanzan ese nivel como un premio a sus méritos, y resultado de sus abusos y la razón de la fuerza. Se va dibujando el mundo y sus procesos productivos.

Momento 3: Los instrumentos de caza devienen armas de guerra en la disputa de unos con otros por

los escasos recursos. Del predominio de determinados grupos y de las condiciones de ciertas regiones del mundo —generalmente llanuras aluviales: Mesopotamia, Egipto, India, China—, surgieron los sometidos y esclavizados por élites teocráticas o militares, o ambas. La esclavitud, en sus dos variantes, individual y familiar, se generalizó en los modos de producción desarrollados en Asia y Medio Oriente, y en Grecia y Roma. No hubo esclavismo en todas partes, solo en aquellas con condiciones físicas y demográficas propicias; pero dondequiera que existió constituyó un momento crucial para el desarrollo del pensamiento y la construcción de un imaginario funcional a la explotación, que sobrevivió a sus condicionamientos de origen e impactó, incluso, en regiones y espacios donde no hubo desarrollo esclavista.

Momento 4: Poder trabajar la tierra, la necesidad y posibilidad de usar y cuidar los instrumentos, y lo impracticable de adicionar nuevas dotaciones de esclavos —cada vez más difíciles de capturar, conservar y cuidar—, abrió paso al colonato, a la hacienda defendida por guerreros y trabajada por campesinos o siervos, teóricamente libres respecto a su condición esclava precedente, aunque dependientes de la propiedad de la tierra de su señor y deudores eternos de su protección y acogida.

El concepto de trabajo, prevaleciente en estos distintos momentos, difería de la modalidad de esclavitud practicada y del peso que tuviera en los recursos laborales. Así, los caldeos (mesopotámicos) lo dignificaban y lo bendecían al asociarlo a la purificación espiritual, en tanto garantizaba la subsistencia y pagaba las rentas. Al ser la esclavitud un fenómeno menos importante en esta civilización, el vínculo entre propiedad y trabajo no se condenaba como en Grecia y Roma, pues para los griegos, trabajar significaba reducción y sumisión a las fuerzas naturales, una suerte perversa que castiga la falta de virtud ingénita de quien la padece (existía la esclavitud por deudas, que llegó a afectar incluso a Platón). En fin, era la condición natural del esclavo o del desafortunado, un castigo de la naturaleza. Sin embargo, si se reservaba para la labor intelectual, no se consideraba trabajo, sino cultivo de la virtud. En el caso de Roma, también era indigno de los hombres de preza, aunque el agrícola se reconocía como un noble desempeño.

Según Martin Hopenhayn (1988), los judíos se situaban a medio camino entre los caldeos y los griegos o romanos. Para aquellos, el trabajo era expiación de un pecado original. La expresión «el sudor de tu frente» lo asociaban con el acceso al alimento, otorgándole una carga positiva que se opone al destino fatal del castigo recibido por haber accedido al árbol del conocimiento.

Para los caribeños, es inevitable recordar a Alberto Beltrán con su merengue «El negrito del batey»,² emblemático por expresar la subjetividad entre los desposeídos, sobre todo cuando sabemos que la visión bíblica, abordada anteriormente, prevalece en el mundo de la cristiandad. En otras regiones, el fundamento religioso es diferente, pero el resultado es el mismo: Dios (o los dioses) o un principio inteligente externo e ineluctable han diseñado este mundo así, nos tocó las de perder (o quizá las de ganar) y es algo que debemos aceptar. Una versión más proclive al esfuerzo y tolerante con el éxito económico vino de la mano del protestantismo calvinista, al punto de que Max Weber le adjudicó una gran influencia en el desarrollo del capitalismo. En verdad, el Renacimiento —mayormente católico— reforzó, al margen de la denominación confesional, el esfuerzo exitoso y la riqueza, en tanto bendición divina que premia al instrumento de la razón que es el trabajo; lo cual reafirmaba, para el imaginario de la época, la capacidad transformadora del hombre.

El capitalismo —o la modernidad, como se prefiera— aportará, apoyándose en las tesis del pensamiento económico neoclásico, el concepto de trabajo que ha predominado hasta la relativamente reciente aparición del Neoliberalismo, que viene de la mano del fin de la coerción extraeconómica. Ni dioses, ni castigos: puro mercado donde se ofertará lo que se tenga, y si no hay otra mercancía que la fuerza laboral, eso es lo que se venderá, o no se podrá satisfacer la más elemental de las necesidades. Es un ejercicio puramente económico, que utiliza las propiedades de la mercancía *fuerza de trabajo* y crea un nuevo valor, para llevarla a un mercado donde será adquirida (si hay éxito) por quien pueda aprovechar esa capacidad y extraer el plusvalor en una práctica de enajenación reiterada en cada ciclo productivo.

En la modernidad, por tanto, trabajo es el ejercicio de subordinación de las propiedades de la fuerza de trabajo a la lógica alienante del capital. Para el trabajador, será el despliegue de sus capacidades físicas e intelectuales a cambio de un salario. Esto tuvo diferentes etapas y debemos tomar en cuenta tanto la explotación infantil en el siglo XIX y principios del XX, como la implantación del pacto fordista³ a escala social, que alcanzó el estatuto de Estado de Bienestar en los países desarrollados, no sin antes implementar, con Frederick Taylor (además de Henry Ford en la cadena de montaje) y Henri Fayol, las técnicas más implacables para la extracción de plusvalía.

El trabajo capitalista hasta finales del siglo XX le da contenido al *empleo*: desempeño de una ocupación remunerada, y su vínculo con el trabajo. En el capitalismo, los obreros les arrancan derechos a los burgueses, aparecen las leyes laborales, las edades

El diseño estratégico de las relaciones laborales en Cuba, y hasta el concepto vigente de trabajo, no supera lo aplicado por el socialismo real, ya fracasado y extinto. Si la clave del cambio es cultural, y su centro está en la cultura del trabajo, es imprescindible un programa para promoverla y afirmarla en todos los colectivos laborales, con un carácter participativo y emancipatorio.

permisibles y las garantías mínimas. Es el trabajo que respetó competencias y experiencias, acunó a los sindicatos y permitió definir durante un largo tiempo a la clase obrera.⁴

El capitalismo y la fábrica construyeron la noción ambivalente de sumisión-emancipación, pues todo cambio significaba también una reconstrucción del hacer y el pensar y, a la vez, trasmite una eticidad derivada del traspaso del conocimiento y la formación de competencias profesionales que alimentan la vocación de servicio de toda persona de bien. El neoliberalismo, por su parte, no aporta *momentos* a esta historia, desconoce el trabajo como categoría y lo considera, a juicio autoral, una conducta de mercado.

Impacto del trabajo en las relaciones sociales y en la subjetividad social

Como se ha mostrado anteriormente, el proceso de trabajo fue construyendo las claves de la condición humana, incluyendo la comunicación y el lenguaje, hasta las producciones artísticas y las configuraciones religiosas. Su inevitable organización y distribución estructural de repercusión social —solo superada por la guerra—, además de las labores artesanales e industriales en cualquier escala, y la garantía del sustento le han reservado espacios de protagonismo en los procesos de socialización.

El trabajo estable se diferenció por rendimiento, por especialidades y competencias, por sexo —sembrando el germen de la discriminación de género y las injusticias que enfrentamos hoy—, y por saberes, y podemos convenir que las asimetrías entre la labor manual y la intelectual solo desaparecerán con el éxito de un programa bien articulado para la conquista del trabajo emancipado. Por supuesto, también suministra recursos diferenciados para los propios procesos de socialización.

El imaginario social, que actúa como telón de fondo de la subjetividad humana, se impacta, cada día, con el curso y los cambios de la vida laboral y, precisamente, de estas transformaciones provienen algunas tensiones que repercuten en el concepto de trabajo y en la centralidad que le reserva la sociedad en la actualidad. Según los debates académicos (Nogueras, 1988), una de ellas es limitarlo a una expresión de

razón instrumental, habida cuenta de que tiene fines concretos determinados por una fuente de poder. Pero, al margen de que esta pueda ser el propio ejecutor del trabajo en un diseño emancipador o en una expresión real de libertad, el trabajo es mucho más que una actividad y un conjunto de relaciones orientadas a un fin. Esa condición siempre la cumple, no existe en abstracto, ni inmotivado, ni ajeno a objetivos bien establecidos, pero entender por ello que siempre es una acción subordinante, minimizadora de la condición humana, es no comprender su naturaleza como expresión cultural humana.

Cuando Carlos Marx habla de trabajo abstracto, utiliza la expresión como una generalidad que permite igualar, a los efectos del análisis, trabajos diferentes, encontrar la medida del valor y develar el mecanismo de enajenación que constituye la explotación del capital. El trabajo siempre es creación; la verdadera enajenación es la apropiación, por parte del capital, de los resultados de la facultad, exclusivamente humana y cultural, de crear, de convertir el material en bruto en un bien, en un valor, y un conjunto ordenado de acciones y operaciones en un servicio. En ese proceso, se involucra el saber, la cualificación, la experiencia, la voluntad humana y su facultad de humanizar las cosas. El explotador puede enajenar el producto realizado, pero no la cultura que lo puede volver a crear, quizás diferente o mejor. El trabajo es más que la expresión de una razón instrumental, y la mirada que lo aprecie tiene que ir a la esencia cultural que este entraña.

Otra tensión es la crítica que algunos autores, como Ágnes Heller y otros, hacen a la consideración de Marx sobre el trabajo como agente socializador. No se discute que la comunicación o la búsqueda y hallazgo de la identidad son determinantes directas de la socialización; pero entender que el trabajo no es la base genética de la comunicación y que es imposible entender la identidad separada de una cultura, de la cual este es fundamento, es desconocer su esencia.

Es cierto que la comunicación parece protagonizar la vida —y hoy día, con las nuevas tecnologías, mucho más— y que cualquier medición arrojaría luz acerca de que, en las acciones comunicativas, los sujetos emplean una parte de su existencia que perfectamente pudiera superar la de su vida laboral. Pero, sin considerar las acciones realizadas a través de medios de comunicación o el teletrabajo —que ha cobrado tanta fuerza en Cuba

y en otros países, con la emergencia de la pandemia por el coronavirus—, su base es cultural; el trabajo impacta y es impactado todos los días por los agentes y los medios comunicativos. La última de las tensiones está relacionada con la centralidad o no del trabajo —que en Cuba es un tema crucial—, la cual no proviene de discutir su naturaleza biológica y material, sino las dimensiones culturales y sociales. Esto atañe a los debates que se dan en distintos países de América Latina, incluida Cuba, y de otras regiones, donde los problemas puramente económicos o políticos están en el centro de las polémicas y los esfuerzos intelectuales de la sociedad. En estos espacios, el trabajo no ocupa lugar, ni como categoría, ni esfera de la actividad social.

Distintos autores hacen referencia a las discusiones en torno a la renta básica,⁵ la cual se piensa entregar indiferenciadamente, al margen de la historia laboral de cada quien o de sus posibilidades actuales. En Cuba tenemos un ejemplo claro: se discute y divulga el proyecto económico y los lineamientos que lo guían, así como el Programa de desarrollo económico y social hasta 2030, y no se menciona las relaciones de trabajo; se da por sentado que están ahí, acompañando los proyectos de naturaleza económica y política. Nuestros dirigentes no parecen percatarse de que detrás de sus críticas a la empresa socialista por no aprovechar las oportunidades reales que se han abierto para su crecimiento y desarrollo, están el trabajo y los sistemas de relaciones sociales que forma.

Una vez más estamos ante una omisión, un desconocimiento palmario de la condición cultural del trabajo y de cuánto impacta en los proyectos políticos, las utopías sociales, y las propuestas civilizatorias de todas las épocas.

Lugar del trabajo y su cultura en el debate ideológico-político del socialismo cubano

El socialismo real es examinado hoy día a partir de sus desaciertos —que realmente no fueron pocos—, sin balance alguno de sus logros en los terrenos científico y técnico, ni del reconocimiento de las decenas de pueblos atrasados que elevó a ser los enterradores del nazi-fascismo alemán; a conquistar el cosmos y a convertirse en potencia industrial, cultural, militar y científica. No pretendemos realizar esta revisión con ánimos de hacer justicia, pero cuando llegamos a la esfera laboral, tenemos que agradecer las iniciativas de Lenin de control obrero, como un antecedente glorioso del trabajo emancipado; así como lamentar su entusiasmo y el de Trotski por el sistema Taylor, que considera a los colectivos obreros como un contingente de soldados obedientes al mandato de las vanguardias.

Definitivamente, el socialismo real comprendió mal y aplicó peor los principios e ideas marxianas en la construcción de una nueva sociedad. Sin lamentos innecesarios, es perentorio examinar el papel del trabajo en la realidad cubana actual, y en su marcha hacia la actualización del modelo de sociedad que se ha elegido defender, con un sustantivo apoyo popular.

El proceso de actualización del socialismo cubano tiene su basamento en tres documentos rectores:

- Conceptualización del Modelo económico y social cubano de desarrollo socialista.
- Bases del Plan nacional de desarrollo económico y social hasta 2030: Visión de la nación, ejes y sectores estratégicos.
- Lineamientos de la política económica y social del Partido y la Revolución para el período 2016-2021.

En cada uno de estos textos, el trabajo recibe una atención específica y distinguible, que puede entenderse como una invitación a participar en el proceso de actualización. Sin embargo, aún no tiene el alcance y la profundidad que este merece, en tanto no cuenta con un programa de intervención particular, como posee la economía; no se distingue como esfera básica para el ejercicio del poder por el sujeto popular, ni se le reconoce su fuerza determinante ni su capacidad transformadora para el conjunto de las relaciones sociales. ¿Qué puede significar esto? La historia demuestra que:

- No hay socialismo sin emancipación del trabajo, ni esta sin aplicar el principio de realización de la propiedad social sobre los medios de producción.
- No es posible aplicar este principio sin real ejercicio del poder popular de los trabajadores y sus colectivos, a través de las instituciones.
- No hay poder real de los trabajadores que coexista con una concepción gravitacional de la participación democrática y una perspectiva salarista de la distribución de la riqueza.

La construcción del socialismo es una labor profundamente cultural. En las bases de ese edificio de la sociedad está la cultura del trabajo y todo lo asociado a cómo se produce y reproduce la vida. Para construir el sistema socialista, se requiere deconstruir la ideología hegemónica de la explotación, lo cual comienza por procesos vitales del ser humano, como el trabajo, pero marcha paralelo a todos los espacios de su creación civilizatoria. Sin embargo, en la práctica, el diseño estratégico de las relaciones laborales en Cuba, y hasta el concepto vigente de trabajo, no supera lo aplicado por el socialismo real, ya fracasado y extinto. Si la clave del cambio es cultural, y su centro, como se ha dicho ya, está en la cultura del trabajo, entonces es imprescindible un programa para promoverla y afirmarla en todos